

Una aproximación retórica al pensamiento

Jorge Mendoza
Universidad Pedagógica Nacional
jorgeuk@correo.unam.mx

Resumen

La visión dominante en psicología enuncia que el pensamiento es una facultad que se da al interior de la cabeza, e incluso en el cerebro, y que éste se despliega ante la presentación de algún problema o situación, y que al dar con la “solución” de ese problema, la actividad del pensar concluye. Desde otra perspectiva, se plantea que el pensamiento es un proceso social que se despliega en todo momento en la esfera cultural, y que en la vida cotidiana opera como lo hace la retórica, es decir, argumentando y contra-argumentando, quedando en todo momento abierto ante la situación o problema que se plantea. El presente trabajo parte de la postura de la denominada psicología social retórica, que asume que el pensamiento es un pensamiento retórico y que trabaja sobre la base de argumentos y contra-argumentos. Lo que en este trabajo se esgrime es que, como sucede en el ámbito público con el debate, ocurre algo similar con el pensamiento: está básicamente constituido de argumentos.

Palabras clave: pensamiento, cognición, lenguaje, retórica, argumentos.

Abstract

The dominant view in psychology states that thought is a faculty given at the interior of the head, even in the brain, and it is displayed before the arising of a problem o situation; and once a “solution” is found, the thinking activity concludes. From another perspective, thought is explained as a social process shown all the time in cultural sphere, operating in daily life as rhetoric, that is, by arguing for and against an issue; and it remains open at every moment to the problem or situation arisen. The present paper is based on the position of the denominated rhetorical social psychology, which assumes that thought is a rhetorical thought and it works on the basis of arguments and counterarguments. So, this work claims that, just like debate in public space, thought is basically constituted by arguments.

Keywords: thought, cognition, language, rhetoric, arguments.

El pensamiento en discusión

“Mañana no voy a la escuela”, dijo Zoé, una niña de cuatro años a su tía. La tía, como toda buena tía, no la escuchó y menos le respondió. La niña, como toda buena niña, insistió: “mañana no voy a la escuela”. Nuevamente, no obtuvo respuesta. Zoé tuvo que hacer lo que debe hacerse en esos casos: regresar en su discurso, y entonces enunció: “¿tía, me puedo quedar a dormir aquí?”, y así obtuvo esta respuesta: “mañana tienes que ir a la escuela”. Zoé había actuado, en cierta manera, de forma retórica, es decir, había pensado con los elementos de la retórica. Salvo que se había saltado un guión de la conversación. No inició con el “¿me puedo quedar?”, sino con el “mañana no voy a la escuela”, que debía expresar sólo después del “mañana vas a la escuela”, esgrimido por un adulto. Este es un

ejemplo, elemental pero básico, de pensamiento retórico, del que a continuación se intenta argumentar.

La muy arraigada idea de que en el individuo se encuentra el pensamiento, es una forma dominante que en ciencias sociales y, en especial en la psicología, se asume sin mayores cuestionamientos. Es una metáfora algo abusiva¹. Es el énfasis de una cultura individualista y mentalista que privilegia la cabeza por sobre la cultura. Y esa idea de pensamiento es la que manifiesta el Diccionario de Psicología al definirlo como “experiencia cognoscitiva en general, distinto de sentimiento y acción” (Warren, 1934, p. 261). Esta postura es la que ha dominado en la psicología y se ha extendido a otros ámbitos de la vida social: un enfoque cognoscitivista y psicologista. Ante este tipo de postura John Shotter (1993, p. 38) se interroga: “¿por qué, por ejemplo, solemos simplemente dar por sentado que tenemos una mente dentro de la cabeza, y que funciona en términos de representaciones mentales internas que de alguna manera se asemejan a la estructura del mundo externo?”².

Esa idea de que el pensamiento se encuentra al interior de la cabeza y que es representacional, es una forma básica de la que se parte. Así son las cosas, suele decirse. La Ilustración, por citar, deja de lado el alma y el espíritu, y habla más de mentes y cerebros. Internaliza algo que inicialmente podemos encontrar en el mundo social. De eso se hicieron eco varias disciplinas, entre ellas la psicología. Lo que la psicología positivista olvidó es que la historia y las prácticas sociales también

¹ “La metáfora consiste en dar a una cosa un nombre que pertenece a otra cosa, produciéndose la transferencia del género a la especie, o de la especie al género, o de la especie a la especie, o con base en la analogía” (Aristóteles, en Turbayne, 1962: 23). La metáfora supone, y parece que es esa su esencia, que algo es cuando no lo es. En la suposición está su fuerza. La metáfora tiene un “como si” o un hacer creer, hay una conciencia de que se está re-presentando los hechos de una clase como si fueran de otra. Se es consciente de que una cosa es el mundo y otra la máquina, que una es el hombre y otra el lobo, pero se “finge” que ambos tienen un sólo sentido: la tierra como si fuera una máquina, y el hombre como si fuera lobo.

² La idea que sobre la mente se pone en tela de juicio asume: i) que hay una realidad detrás de las “apariencias” y que hay una “naturaleza” del pensamiento capaz de penetrarlas; ii) esa capacidad está más desarrollada en grupos especializados como los científicos o filósofos, quienes van más allá de lo superficial mundano; iii) son ellos los que intentan encontrar un “orden profundo” de las cosas, mediante su trabajo sistematizado, en este caso denominado ciencia; iv) para ello los académicos, profesionales ellos, producen trabajos como los “textos sistemáticos”, esa es su tarea; v) así, el mundo, la naturaleza, la ciencia son definidos y ordenados mediante discursos; vi) tales discursos originalmente provienen del mundo cotidiano y al sistematizarse en la ciencia se especializan en el mundo de los profesionales; vii) el discurso especializado se justifica arguyendo la utilización de un método “científico” para aseverar lo que dicen: “comprobar”; viii) tales artificios retóricos intentan legitimar lo que dicen vía “enunciados fácticos” y así develar la verdad de las cosas; ix) a este entramado se agrega el “hecho *ex post facto*”, esto es, afirmar retrospectivamente que los hechos actuales tienen causas determinadas; x) se crean sistemas y esquemas que se difunden como verdad científica, y estas difusiones contribuyen a formar el pensamiento de la gente; xi) tal conocimiento del mundo no está determinado por el mundo mismo, sino por formulaciones discursivas con que planteamos las interrogantes sobre ese mundo, teniendo como resultante, entre otras cosas, narraciones míticas avaladas por la ciencia; xii) luego entonces, nos hemos dedicado a investigar mitos que nosotros hemos creado como realidades y verdades, es el caso de la “mente” adentro de la cabeza, la “realidad ordenada” y la “objetividad”; xiii) tal mente, ordenamiento y objetividad forman parte de un discurso organizado retóricamente, llamado ciencia, y xiv) es este entramado discursivo, convencional y ordinario el que logra convencernos de los supuestos de la realidad (Shotter, 1993, p. 45-49).

van haciendo a la mente y, en consecuencia, al pensamiento. Cabe una aclaración: por mente se entienden procesos superiores como el razonamiento, la memoria, la percepción social y, por supuesto, el pensamiento. Cuando en este trabajo se hable de mente como equiparación del pensamiento, se asume que el segundo es parte constitutiva de la primera. Por fines de exposición, se interfoliarán. Dicho lo anterior, desde esta postura, el pensamiento podría dejar de ser una base, y al intentar explicarlo como proceso se caería en la cuenta de su entramado retórico, algo que solemos usar para hablar y comunicarnos en ciertas situaciones.

“El pensamiento no es algo ‘interior’, no existe fuera del mundo y fuera de los vocablos. Lo que aquí nos engaña, lo que nos hace creer en un pensamiento que existiría para sí con anterioridad a la expresión, son los pensamientos ya constituidos y ya expresados que podemos invocar silenciosamente, y por medio de los cuales nos damos la ilusión de una vida interior. Pero, en realidad este supuesto silencio es un murmullo de discurso, esta vida interior es un lenguaje interior” habría esgrimido Merleau-Ponty (1945, p. 200). Y no sin razón, toda vez que otros autores, desde otras disciplinas, ya lo habían señalado: el pensamiento no es individual ni interno, es más bien sónico: “siempre que pensamos, tenemos presente en la conciencia algún sentimiento, imagen, concepción u otra representación que sirve como un signo”, dijo Peirce (1868, p. 69); “cuando pensamos, nosotros mismos, tales como somos en ese momento, aparecemos como un signo” (p. 69).

No podría ser de otra forma, en tanto que “en ningún instante existe en mi estado mental una cognición o representación, pero existe en la relación de mis estados mentales en instantes diferentes”; lo que acontece en un momento “fluye en una corriente continua a través de nuestras vidas; es la suma total de la conciencia, cuya mediación, que es su continuidad, se da en virtud de una fuerza efectiva real que está por detrás de la conciencia”; es decir un pensamiento remite a otro pensamiento, la conexión real “pone un pensamiento en *relación* con otro” (p, 73)³.

Y aunque se considere que “la mente es un signo” (Peirce, 1868, p. 85), la distinción entre hombre y palabra, como signos, es que el primero es consciente, la segunda no, y por lo demás, es el ser humano el que hace la palabra, y sin ese

³ La utilidad de algunos signos “consiste por entero en que están realmente conectados con las cosas mismas que significan...la función representativa de un signo no reside ni en su cualidad material ni en su aplicación demostrativa pura, pues se trata de algo que es el signo, no en sí mismo o en una relación real con su objeto, sino que es *en relación con un pensamiento*, en tanto que ambos caracteres que acabamos de definir pertenecen al signo independientemente de que se dirija hacia cualquier pensamiento” (Peirce, 1868, p. 71).

alguien que la comunique la palabra no significa, en tanto que vale en el uso de aquellos que la emplean y le dotan de significado (Bajtín, 1979) y es, en ese sentido, que las personas podemos “pensar sólo por medio de palabras u otros símbolos externos” (Peirce, 1868, p. 86).

Hablar y pensar

Baudrillard ha argumentado que las palabras “se convierten en contrabandistas de ideas”; las palabras llevan pensamientos de un lado a otro, como las metáforas, que trasladan significados. En ese sentido, son las palabras “embriones de las ideas, el germen del pensamiento” (Grijelmo, 2000, p. 11). Pero, cómo es que ocurre esto. Veamos.

El significado de las palabras, de lo que decimos, “pertenece a la palabra en su posición entre los hablantes”, el significado se realiza en ese proceso de “comprensión activa y respondiente” (Voloshinov, 1929). Bajtín (1979) dirá que cuando alguien habla, no lo hace esperando una comprensión pasiva de quien escucha, y que en éste exista una mente interna que se forma una idea de lo escuchado; más bien, habla esperando activamente una respuesta, asentimiento, crítica, negación, obediencia o duda, algo, lo cual brinda elementos de la forma retórica-responsiva⁴, propuesta que enarbola Shotter (1993) al señalar que se habla en respuesta a lo que algún otro ha planteado, se responde a quienes nos rodean, esto es, se dialoga. Esta perspectiva es distinta a la visión representacional que se suele asumir y que se le exige muchas veces a quien lee un texto.

De esta manera, por la palabra, por el diálogo, vamos dándole sentido y forma al mundo, a las cosas. De hecho, por la palabra se nos puede dirigir. Nos formamos cuando otros nos dan instrucciones de, por ejemplo, cómo observar cosas (“mira ahí”); nos convocan a variar la perspectiva (“velo así”), ordenan la manera en que actuamos (“primero has esto y después aquello”), dan forma a nuestras acciones (“tomaste la ruta larga”); nos dan estrategias para recordar (“dónde dejaste las llaves la última vez”); nos alientan (“ve a tal sitio”), etcétera (Shotter, 1993). Aquí el lenguaje juega un papel fundamental, de hecho, primordial. Es un sistema que está mediando las relaciones sociales. Esas son las formas

⁴ Se enuncia aquí “retórica-responsiva” a esa propuesta que en el texto en español de Shotter (1993) se formula como “retórico-respondiente”, a solicitud del evaluador anónimo, dada su argumentación de que en el Diccionario de la Real Academia no aparece la palabra “respondiente” y sí la palabra “responsivo”, que alude a lo que en este trabajo se argumenta.

mediacionales de las que habla Vygotsky (1934): los medios por los cuales las personas “organizan” y “dirigen” su comportamiento. Se aprende a dirigir los procesos mentales con ayuda de palabras, del lenguaje. Edificar un concepto es hacer para uno mismo, partiendo de las palabras de otros, un “instrumento psicológico”, por medio del cual logramos percibir, mirar y actuar, y con esas palabras logramos “instruirnos”, guiarnos en nuestro andar cotidiano (Shotter, 1993).

En sentido estricto, puede afirmarse que “el niño comienza a percibir el mundo no sólo a través de sus ojos, sino también a través de su lenguaje” (Vygotsky, 1932, p. 59), porque no es sólo con los ojos con los que va dominando y haciendo inteligible el mundo, sino también con las palabras que usa para dirigirse a los objetos o a las personas, o para denominar las acciones que realiza.

Lenguaje, conversación y pensamiento

Y el lenguaje tiene su manifestación y expresión más amable y edificante en el intercambio, en la conversación: “la interacción discursiva es la realidad principal del lenguaje” (Voloshinov, 1929, p. 132). Efectivamente, la conversación es más que una actividad que desarrollamos en *el* mundo, de hecho, construimos nuestros mundos sobre la base de las conversaciones (Shotter, 1993). Garfinkel (1967) lo ha planteado de esta manera: el entendimiento está basado en la negociación entre personas que interactúan, por ejemplo en un diálogo. Cuando hablan se depositan más que palabras en la conversación: se *responde* a expresiones del otro, se enlazan discursos, se coordinan actividades, se edifican relaciones y visiones del mundo en esos intercambios. En ese sentido, los dialogantes, al emitir una respuesta, deben negociar qué es aceptable y qué no, en el contexto argumentativo que desarrollan, y en un marco social a considerar, porque siempre se sabe de qué forma hablar en una situación determinada. Y cuando no se hace como las condiciones sociales dictan, se cae en la cuenta de que se habla “fuera de lugar”.

Puede advertirse que, si tenemos mejores herramientas para hablar los géneros más instituidos en la vida social de un determinado lugar, dialogaremos de manera más fluida y con sensibilidad a la atmósfera que se nos impone, pero no ocurrirá lo mismo si se trata de un género o un espacio más marginal de la vida social que no dominamos, y por tanto no estamos equipados con las herramientas adecuadas para efectuar una conversación con la misma destreza que lo hacemos en la vida institucional en que nos movemos. En los márgenes sociales

negociaremos más los significados de las conversaciones, si queremos resultar inteligibles, en tanto que los acontecimientos que nos interesan, caóticos, desordenados y heterogéneos ellos, se manifiestan en estas regiones marginales en los tiempos que corren (Shotter, 1993, p. 36)

Las formas y las palabras que usamos tienen una cierta dependencia de la “corriente conversacional” en que estamos inscritos, tienen un vínculo con otras voces, de quienes esperamos respuesta a lo que decimos, aunque no se trate de una interrogante. Esta denominada “corriente conversacional” o contexto, fue nomenclaturado por Gabriel Tarde (1901) como “corriente de opinión”, para hablar de públicos, y por Maurice Halbwachs (1950) como “corrientes de pensamiento” para hablar de lo colectivo. Estas corrientes son una especie de marcos en los que se inscribe lo que decimos, en virtud de los cuales resulta inteligible lo que expresamos. Y en buena medida, también, lo que pensamos: cuando una persona piensa a solas o cuando alguien escribe aisladamente, tal actividad forma parte de una “corriente”, sea de discurso o de pensamiento, y es que en esa palabra o pensamiento que se manifiesta, se entrecruzan diversas “voces”, que nos llevan a emitir cierta palabra, y no otra, y a pensar cierto pensamiento, y no otro; es decir, de cierta forma pensamos “orientados” u “orillados” por las corrientes o colectividades a las que pertenecemos o a las que nos dirigimos. Por eso buscamos las palabras más “adecuadas” para expresarlas en un artículo o en una ponencia para un congreso, y tales palabras que hemos pensado son algo distintas de las que pensaríamos y emplearíamos en una conversación de sobremesa con nuestros amigos viendo el fútbol.

En el habla de una sola persona, Bajtin (1979) reconoce una “dialogicidad oculta”, pues las palabras que se expresan se refieren a un “hablante invisible”, siempre se le dicen a alguien más, a uno mismo como otro. En palabras de George H. Mead: “uno habla consigo mismo como hablaría con otra persona... uno busca inevitablemente un público oyente, tiene que volcarse ante alguien... uno piensa para actuar” (1934, pp. 172-173). El pensamiento, pues, se estructura como una conversación, como esa que se despliega afuera en el mundo del diálogo expresado mediante palabras. Bajtín (1979) ha señalado que la única manera que tenemos de expresar la condición humana “es mediante el diálogo abierto”; y vivir significa “participar en el diálogo”. Y también en el pensamiento: “el proceso mismo del pensamiento es, naturalmente, una conversación interna que se lleva a cabo, pero

es una conversación de gestos que, en su completación, involucra la expresión de lo que uno piensa a un público oyente” (Mead, 1934, p. 173). Público que, por supuesto, sabe de lo que se habla, pues a él se dirige pensamiento y palabra. Y quienes manejan discursos compartidos adquieren la denominación de “comunidades de lenguaje”. Se entienden, se comprenden, y las negociaciones no derivan en discusiones para advertir de qué se está hablando y el sentido de lo que se enuncia (Wertsch, 1997).

Cierto, pues lo socialmente compartido, en el sentido común, es lo que posibilitará cierta comunicación. Los lugares comunes, tópicos griegos, fincan la actividad social y dotan de una referencia común. Ciertos puntos de anclaje. Formas después compartidas entre aquellos que dialogan, una significación común. Cuando se dialoga, cuando se platica, lo dicho entre las personas es, asimismo, lo dicho en el pensamiento de las personas: “por conversación significativa entendemos que la acción es tal que afecta al individuo mismo y que el efecto producido sobre el individuo es parte de la puesta en práctica inteligente de la conversación con otros” (Mead, 1934, p. 172).

Entretanto, el pensamiento semiótico

La mente tiene su origen en la actividad semiótica de los signos, se encuentra en todo momento constituida y mediada por signos, al menos desde Peirce y, después, con Voloshinov y Vygotsky, la idea se mantiene: el pensamiento es fundamentalmente actividad de signos; el propio Wittgenstein habría dicho: “el pensamiento es esencialmente la actividad de operar con signos” (en Shotter, 1993, p. 78).

Puede afirmarse que los pensamientos a los que recurrimos no tienen su origen ni su encarnación en la actividad interna, y después toman expresión por medio de la palabra. No. Tienen su origen en el lenguaje, de la palabra se va al pensamiento y del pensamiento a la palabra, como una sola actividad que tiene dos caras: por un lado la palabra, del otro lado el pensamiento. Y así como en el discurso cotidiano hay que ir negociando los significados de las palabras dependiendo del contexto de uso, así ocurre con el pensamiento: se han de negociar los significados con que se piensa. De esta forma, si solemos hablar con metáforas, metáforas utilizaremos para pensar. Y en ocasiones deben aclararse, reflexivamente, a qué aluden unas y otras formas figurativas que empleamos para

pensar. Por lo demás, las metáforas son signos. En consecuencia, “todo pensamiento es un signo... la vida es una serie de pensamientos... el hombre es un signo”, y desde esta postura, el hombre y el signo externo son idénticos, en consecuencia, “mi lenguaje es la suma total de mí mismo, pues el hombre es el pensamiento” (Peirce, 1868, p. 86). En este caso, la palabra es “el intérprete del pensamiento”, así “los hombres y las palabras se educan recíprocamente; todo aumento de la información de un hombre implica -y es implicado por- un correspondiente aumento de la información de una palabra” (p. 86)⁵.

Hablamos con signos, las personas se edifican con signos. Intercambiamos signos. Las palabras son signos. El lenguaje es un sistema de signos. Los signos describen la realidad. Con signos acordamos comunicativamente, intersubjetivamente, lo que va ser considerada como realidad social. El mundo social es un mundo de signos. El mundo del pensamiento es un mundo de signos. Pensamos signos (Vygotsky, 1932). El pensamiento está afuera de nosotros, no dentro, como asumen las posturas individualistas: “del mismo modo que decimos que un cuerpo está en movimiento y no que el movimiento está en el cuerpo, deberíamos decir que estamos en el pensamiento y no que los pensamientos están en nosotros” (Peirce, 1868, p. 73).

Pensamos como hablamos

Siguiendo esta línea, Shotter (1993) habla de una visión “retórico-responsiva”, versión que sostiene que la capacidad de hablar en términos responsivos se presenta en el hecho de que hablamos en *respuesta* a quienes nos rodean. Pero esta visión no se circunscribe al lenguaje y la conversación, incluye asimismo al pensamiento. Indudablemente, aún estando a solas no dejamos de pensar en las situaciones en que hemos de manifestarnos, lo social, cultural, político, los escenarios en que imaginamos estar, cruzan esos pensamientos. En sentido estricto, una buena parte de nuestra existencia denominada interna, como el

⁵ “Ningún pensamiento real presente (que es un mero sentimiento) tiene significado alguno, valor intelectual alguno; pues esta circunstancia no reside en lo que piensa realmente, sino en aquello con lo que puede conectarse este pensamiento en la representación por medio de pensamientos subsiguientes; de tal modo que el significado de un pensamiento es algo por completo virtual” (Peirce, 1868, p. 73), además, “siempre que un hombre siente, piensa en *algo*. Aun aquellas pasiones que no tienen objeto definido –como la melancolía –sólo llegan a la conciencia coloreando los *objetos del pensamiento*” (p. 75). Resulta peculiar que en la escuela rusa (y posteriormente en la soviética) se desarrollaran prácticamente los mismos argumentos, aunque décadas después. Uno de ellos sobre esta tesitura aquí planteada, argumentará: “ser una criatura capaz de pensar es ser capaz de relacionarse con el mundo *como* con un objeto del pensamiento” (Bakhurst, 1997, p. 130). Vygotsky pertenece a esta tradición.

pensamiento, la estructuramos al relacionarnos con los otros, se forma en las posibilidades de las relaciones con los demás, con los que conversamos y hablamos a diario. Siguiendo la argumentación de este texto, puede advertirse que la denominada “vida interna” de la gente no es ni tan privada ni tan individual, ni tan ordenada ni tan lógica; ni cada cabeza es un mundo, como en ocasiones se ha querido mostrar.

Puede hablarse de un “movimiento de la mente” o una “mente en movimiento”, y el pensamiento como parte de ésta, “refleja en esencia las mismas consideraciones éticas y retóricas que influyen en las transacciones entre las personas en el mundo externo” (Shotter, 1993, p. 78); en esta relación puede aseverarse que “descubrimos lo que vamos a decir, lo que vamos a hacer, diciendo y haciendo” (Mead, 1934, p. 172). Y también pensando. Ya lo habría dicho Humboldt: “el hablar es condición necesaria del pensar” (en Grijelmo, 2000, p. 25). Efectivamente, “pensamos con palabras; y la manera en que percibimos estos vocablos, sus significados y sus relaciones, influye en nuestra forma de sentir” (Grijelmo, 2000, p. 26).

Por las mismas razones, a Jerome Bruner (1997), por ejemplo, le resulta problemático distinguir claramente entre el “modo narrativo de pensamiento” y un “texto o discurso narrativo”⁶. Siguiendo esta traza de ideas, Gurvitch (1966, p. 23) expresó: “¿qué quiere decir reflexionar, sino debatir el pro y el contra, confrontar *argumentos*, es decir, participar en un *diálogo*, en una discusión, en un debate?”. Del mismo modo, mencionó: “la reflexión, lejos de ser patrimonio de la conciencia individual, tiene un aspecto tan netamente colectivo que se podría más bien decir que *en la reflexión personal figuran distintos ‘yo’ que discuten entre ellos*. En otras palabras, se trata, parcialmente por lo menos, de una proyección de lo colectivo en lo individual” (p. 23).

En todo caso, cuando decimos que pensamos a solas, son las consideraciones de nuestras relaciones con los otros lo que imaginamos, puesto que, si deseamos que lo que nosotros decimos, escribimos o hacemos sea

⁶ Sobre la narración, dice: “Quizá su propiedad más importante sea el hecho de que son inherentemente secuenciales: una narración consta de una secuencia singular de sucesos, estados mentales, acontecimientos en los que participan seres humanos como personajes o actores. Estos son sus componentes. Pero estos componentes no poseen, por así decirlo, una vida o significado propios. Su significado viene dado por el lugar que ocupan en la configuración global de la totalidad de la secuencia: su trama o *fábula*” (Bruner, 1991, p. 56).

comprensible para los demás, debemos considerarlos, es decir, pensarlos. Pues, a fin de cuentas, a ellos nos dirigimos⁷.

El pensamiento retórico

Pues bien, dicho esto, podemos afirmar que “el organismo es tan sólo un instrumento del pensamiento” (Peirce, 1868, p. 86), y el pensamiento comienza en las arenas de la cultura, de la cultura griega por ejemplo. En efecto, la retórica griega pone el acento en la importancia de la argumentación y la conexión estrecha entre argumentación y pensamiento.

La retórica que surge allá por el siglo V a. C. en Grecia, desafió las añejas nociones de las historias sobre los dioses. Los sofistas, antecesores de los filósofos, eran expertos en el uso del discurso, del logos, y trataban de inculcar a los jóvenes el arte de la retórica, de “hablar propiamente”. En Cicerón pueden advertirse las cinco partes que conforman el arte de la retórica: a) invención, pensar cosas que vuelven válido un argumento; b) disposición, organización del discurso; c) elocución, acomodar las palabras acorde a la invención; d) memoria, recuerdo y firme percepción del ánimo de las cosas y palabras, y e) pronunciación, “moderación de la voz y del cuerpo, según la dignidad de las cosas y las palabras” (Cicerón, 1997, p. 7). La pronunciación, importante ella en el “arte del buen decir”, cobra dos vías: la estética, es decir, la pronunciación de acuerdo a los cánones del buen gusto: la elegancia y el uso adecuado de los tonos de la voz; y por el otro, los efectos provocados sobre los oyentes, esto es, tener éxito, y es que hablar bien tenía como consecuencia el convencimiento, *i e*, que la retórica era persuasiva⁸.

La retórica, en su momento, pone en tela de juicio a los órdenes, políticos, morales y religiosos, toda vez que los rétores “sabían cómo hacer aparecer el peor argumento como el mejor” (Billig, 1986, p. 13); en efecto, “en la vida ateniense del siglo V el lenguaje se ha convertido en un instrumento para propósitos definidos, concretos, prácticos; constituía el arma más poderosa en las grandes pugnas políticas” (Cassirer, 1944, p. 173). Y estos “maestros de Grecia”, como les llamaba Hegel (Cassin, 1995, p. 12), enseñaban a los jóvenes a

⁷ “Yo pienso” es cuestionable, al menos así lo expresa Nietzsche, quien señala que “un pensamiento viene cuando ‘él’ quiere, de modo que es un *falseamiento* de la realidad decir: el sujeto ‘yo’ es la condición del predicado ‘pienso’”; en efecto, un pensamiento llega al filósofo o al pensador “como desde fuera, como desde arriba y desde abajo, constituyendo *su* especie peculiar de acontecimientos y rayos” (en Kundera, 1993, p. 161).

⁸ Los sofistas encontraron una manera distinta de abordar el lenguaje; fueron los primeros en tratar los asuntos del lenguaje y su gramática de forma “sistemática” (Cassirer, 1944).

“pensar argumentativamente”, en el entendido de que “la retórica revela que una dimensión del pensamiento es la conversación o argumentación silenciosa del alma consigo misma” (Billig, 1986, p. 15). Es este un pensamiento público que indica que para que se despliegue el lenguaje, la palabra, ha de estarse en desacuerdo, porque de lo contrario cómo contra-argumentar algo con lo que se conviene.

Es esta una contraposición a la visión dominante de las ciencias cognitivas que se apresura a encontrar “reglas” con las que opera el pensamiento; “estrategias” con las cuales se resuelven los problemas, y se habla de “niveles” y “metaniveles”, de “cognición” y “metacognición”. Y es que el pensamiento, desde la postura individualista, se concibe como un saber que siguiendo reglas llegará a solucionar adecuadamente ciertos problemas, y cuando el problema es resuelto el pensamiento concluye, se va de descanso, porque ya no hay más nada que pensarse. Lo que provoca la actividad del pensamiento es el problema, y al ya no existir el problema no hay estímulo que desencadene la actividad mental.

Pero tantito pensar las situaciones de la vida cotidiana, parece que nos alejamos de esta postura cerrada en torno al pensamiento. No hay punto de llegada único, que se deduzca de reglas lógicas, debido a que no es lógica formal la que se pone en juego, sino argucias de la cotidianidad, y el pensamiento desde una lógica científicista es razonado como estructura formal. En cambio, las cuestiones con las que nos encontramos cotidianamente para pensarlas, tienen la misma forma y estructura de lo expresado de manera abierta en los diálogos públicos, que pertenecen a la misma vida diaria. A diferencia de lo señalado por la corriente cognoscitivista, los asuntos diarios son de final abierto, esto es, que tienen continuación, como en la retórica donde es interminable la discusión, porque siempre hay algo que antepone a un argumento, como cuando la adolescente establece un debate con la mamá para que le permita llegar más tarde de lo acostumbrado: finge que la mamá se encuentra presente y establece un diálogo, le argumenta por qué ha de llegar tarde, y su progenitora le responde por qué no, y así hasta que la muchacha cae en la cuenta de lo difícil que será convencerla y que será mejor construir otro argumento, como el del estudio para los exámenes, que siempre tendrá un contra-argumento, como el de “por qué no estudian aquí”, y así sucesivamente. El litigio de los retóricos se hace presente. O el cuento de nunca acabar.

En ese sentido, tenía razón el filósofo estoico, Zenón, cuando ilustraba la lógica con el puño cerrado, como advirtiendo que así de cerrada era la lógica, como creen los cognitivos que es el pensamiento, y ejemplificaba la retórica con el puño abierto, como indicando que así se movía el pensamiento en la vida ordinaria. Ello, en virtud de que los problemas de la lógica admiten sólo una solución, en tanto que los problemas de la retórica son de otro tipo de orden y hay distintas respuestas adecuadas, como ocurre con la máxima de Protágoras según la cual “en cada cuestión, hay dos lados del argumento, exactamente opuestos el uno al otro”, siendo ambos igualmente válidos (en Billig, 1986, p. 21).

Por cierto, de Protágoras se dice que es el mayor de los rétores y el de más leyenda, incluyéndose en la lista de aquellos primeros escritores cuyos libros son quemados. Se le atribuye la frase: “el hombre es la medida de todas las cosas” (Reyes, 1942, p. 62), razón por la que se le señala como relativista⁹. Y así relativiza la verdad, indicando: “a quien piensa bajo el efecto de un estado penoso de su ánimo en cosas igualmente penosas, se le hace pensar en otras cosas, pensamientos que algunos, por falta de experiencia, llaman verdaderos, pero que yo, por mi parte, califico de mejores que otros, y no, en absoluto, de más verdaderos” (en Cassin, 1995, p. 23)¹⁰.

Cierto, los retóricos de Grecia tenían esa facultad para voltear el mundo, para argumentar, ora a favor, ora en contra. Se ha dicho que con Gorgias, “el gran hacedor de frases” y maestro de Protágoras (Reyes, 1942, p. 59), “es lícito reunificar el plano de la realidad y el plano del discurso” (Givone, 1995, p. 59). Pleitear era su oficio, y el enseñar a pleitear dejaba buenas ganancias, de ahí que se les acusara de poner precio a sus enseñanzas. La retórica, en ese momento, escapa constantemente al terreno de la literatura y se ancla más en el de la educación.

Y lo que enseñan los retóricos es que un argumento es parte de un contexto argumentativo más amplio, de ahí que pasen cantidad de horas en la Plaza de

⁹ Protágoras (490-421, o 460-370), nació al norte de Grecia. Su ciudad tenía buenas relaciones con Atenas. Fue el primero en llamarse “sofista”, era “profesor” ambulante de educación superior. Cobraba por la instrucción dada. Fue amigo de Pericles, quien le solicitó elaborar una Constitución para la ciudad de Turios. Su pensamiento se reconstruye sobre la base de lo que escribieron Platón y Aristóteles. Se interesó por la lingüística, política, retórica, teoría del conocimiento, teoría social. Se le adjudica, asimismo, ser relativista epistemológico. En su tiempo, los planteamientos elaborados por Protágoras eran considerados como filosóficos, incluso por sus detractores. Causaba sensación y admiración; se presenta a sí mismo como sofista. Platón lo refiere como pedante, vanidoso y excéntrico (Schmidt, 1994).

¹⁰ “¿Y no son precisamente los sofistas quienes sacan a la luz el carácter aporético de toda aserción de verdad? Es cierto que las obras de todos los trágicos están repletas de aquellos ‘razonamientos dobles’, contrapuestos o bien contradictorios, en los que los sofistas eran maestros” (Givone, 1995, p. 57).

Atenas esgrimiendo argumentos. Como lo hiciera Demóstenes pleiteando con Esquines: de todas partes de Grecia llega gente para ver el debate de dos grandes oradores. Cicerón recordará: “qué espectáculo más digno de verse y oírse que aquel duelo a muerte entre dos oradores, los más grandes de la antigüedad, que dirimen, en supremo encuentro, su eterna rivalidad” (en Zesati, 2001, p. XXV). Debate que gana Demóstenes, marchando Esquines al exilio. Esa querrela, ese reiterado llamado a la palabra pública para argumentar y contra-argumentar, es un pilar del pensamiento griego. Pensamiento que es público, que se presenta por medio de la palabra.

Y es que, en efecto, las creencias y los pensamientos en torno a una determinada cuestión no son privativos de los sujetos en lo individual, pues en buena medida pertenecen a “contextos argumentativos” más amplios, a grupos o sociedades que piensan de determinada manera: “nuestras creencias y nuestras actitudes no ocurren meramente en nuestras cabezas, sino que también pertenecen a un contexto social de controversia más amplio” (Billig, 1986, p. 17). Ciertamente, porque cuando expresamos nuestras actitudes, se va más allá de mostrar las opiniones personales, pues “nos posicionamos dentro de una controversia pública” (p. 18), y ello se ve claramente en los sondeos de opinión, pues los temas en cuestión están relacionados con asuntos públicos y de debate; no se pregunta sobre cuestiones carentes de polémica. Vistas así, las actitudes tienen un marcado significado social, como ya lo había argumentado Vygotsky (1932), y precisamente la palabra “argumento” alude a esta cuestión, pues significa “debate” o “diferencia de opinión” entre dos o más personas y, ya personalizado, alude a “un fragmento particular de un razonamiento”.

Indudablemente, “el argumento de una pieza particular de razonamiento discursivo está relacionado fundamentalmente con el significado básico de ‘argumento’ entendido como debate entre personas” (Billig, 1986, p. 19). En ese sentido, al escribir su ponencia, un conferencista actúa como la hija ante la mamá: argumenta y contra-argumenta en sus textos, previendo ciertas situaciones, como si se encontrara en un debate abierto y público, aunque en realidad está pensando su presentación.

De esta forma, no podemos comprender “el significado de una pieza de razonamiento discursivo” si no estamos al tanto de qué posiciones se intentan discutir o rechazar; de igual manera, no podemos comprender las actitudes de las

personas si no se les inscribe en una controversia más amplia de donde se desprenden. Mead (1934, p. 171) lo ha dicho a su manera: cuando una persona no sólo se escucha a sí misma, “sino que se responde, se habla y se replica tan realmente como le replica la otra persona, entonces tenemos una conducta en que los individuos se convierten en objetos para sí mismos”, y se desplazan del lenguaje abierto al pensamiento y viceversa¹¹: “la experiencia nos enseña que el pensamiento no se expresa con palabras, sino que más bien se realiza en ellas”; los significados de las palabras están en el pensamiento (Vygotsky, 1934, p. 226). Por lo demás, para Heidegger (1952, p. 13) “la memoria es la reunión del pensar... lo pensado es lo dotado de recuerdo”; razón por la cual puede entenderse que Hippias presumiera poder repetir cincuenta nombres después de escucharlos una sola vez (Reyes, 1942, p. 62).

Comoquiera, Billig (1986, p. 22) señala que “nuestros pensamientos privados tienen la estructura de los argumentos públicos”, y ello en razón de que cuando se piensa qué hacer, los pensamientos se manifiestan como la oratoria deliberativa de los retóricos, en donde un retor aportaba los argumentos a favor de una cierta cuestión y otro manifestaba los argumentos en contra. “La diferencia principal entre la oratoria deliberativa y la deliberación del pensamiento es que, en este último, la persona provee los dos conjuntos de argumentos y se divide en dos partes, las cuales debaten y se refutan entre sí” (p. 22), de ahí que Isócrates planteara que “los mismos argumentos que usamos para persuadir a otros cuando hablamos en público, también los empleamos cuando deliberamos en nuestros pensamientos”; algo parecido expresaba Francis Bacon cuando indicaba que era similar lo que se decía “en una argumentación, en la cual discutimos con otro” y lo que se pensaba en “la meditación, cuando consideramos y resolvemos cualquier cosa con nosotros mismos” (citados en Billig: 1986, p. 27). Y a su manera, en un tratado francés sobre retórica, lo dijo Chainget: “cuando somos convencidos, sólo somos vencidos por nosotros mismos, por nuestras propias ideas. Cuando nos persuaden, siempre son los demás quienes nos vencen” (en Perelman y Olbrechts-Tyteca, 1989, p. 86).

¹¹ “La relación del pensamiento con la palabra no es una cosa, sino un proceso, un movimiento continuo, del pensamiento a la palabra y de la palabra al pensamiento. En dicho proceso, la relación del pensamiento con la palabra sufre cambios que se pueden considerar desarrollo en sentido funcional. El pensamiento no se expresa simplemente con palabras; llega a la existencia a través de ellas. Cada pensamiento trata de conectar algo con algo, de establecer una relación entre cosas. Cada pensamiento se mueve, crece y se desarrolla, desempeña una función, resuelve un problema” (Vygotsky, 1934, p. 202).

Y es que, efectivamente, puede ocurrir que nos percatemos de lo consistente de nuestros argumentos enfrentándolos con otros puntos de vista, que eso bien puede ser en una deliberación contra otra gente o con otra postura asumida por uno mismo, como cuando vamos caminando por la calle y debatimos silenciosamente y hasta en la frente nos golpeamos cuando hurgamos en los argumentos y tratamos de convencernos de algún punto de vista o de alguna situación que vamos a realizar. Ahí estamos pensando retóricamente. Quizá esa sea una de las razones de por qué Córax definía a la retórica como “obrero de la persuasión” (en Reyes, 1942, p. 57).

La retórica, en ese sentido, tiende más a persuadir que a comprobar o demostrar. Y nada “más expresivo sobre la figura de la mente griega que el observar cómo la palabra se enfrenta con la palabra y le pide cuentas y la juzga” (Reyes, 1942, p. 17), como lo hace el pensamiento. Puede aseverarse que el pensamiento es modelado como un diálogo; muy al contrario de lo que se ha asumido en el sentido de que el pensamiento es algo circunscrito a la mente interior; y más bien “si las deliberaciones internas se basan en argumentos públicos, entonces, analizando debates observamos la estructura del propio pensamiento” (Billig, 1986, p. 23); examinando la argumentación que dirigimos a los demás podemos comprender la polémica que uno tiene consigo mismo, no a la inversa; y ello, porque “la reflexión es el traslado de la discusión al plano interno” (Vygotsky, 1934). En ese sentido, la internalización de la que habla Vygotsky no es algo que se presenta en el mundo externo, una cosa ya existente, y que después se lleva al plano interno. Se trata, en este caso, de la *constitución* lingüística de lo psicológico con clara delineación social, ética y retórica. Pertener a un grupo o colectividad implica saber cómo actuar desde la postura de ese grupo; pensar, sentir, hablar, comportarse y hacer inteligible el mundo. Lo común entre los integrantes de un grupo es una serie de procedimientos semióticos, maneras de comprender y maneras de comunicación. En todo caso, eso que Vygotsky denominó “internalización” es un movimiento al terreno práctico de lo cultural en una sociedad

Ensanchando más este argumento, si los manuales de retórica proporcionan “guías para el debate”, pueden asimismo considerarse “guías para el pensamiento” (Billig, 1987, p. 6).

Apostilla retórica final

Si el pensamiento se constituye por medio del lenguaje, el murmullo de las palabras es el murmullo del pensamiento; y si para toda cuestión hay dos argumentos opuestos y válidos, para un pensamiento hay otro pensamiento opuesto y también válido. Y como ya lo había expresado claramente “el sofista”, un retórico griego: “pensar y hablar son la misma cosa: sólo que al primero, el cual es una conversación interior y silenciosa del alma consigo misma, se le ha dado el nombre de pensamiento” (en Billig, 1986, p. 11).

Bibliografía

- Bajtín, M. (1979). *Problemas de la Poética de Dostoievski*. México: FCE, 2005.
- Bakhurst, D. (1990). “La memoria social en el pensamiento soviético”. En Middleton, David y Edwards, Derek (comps.). *Memoria Compartida. La Naturaleza Social del Recuerdo y del Olvido*, pp. 221-243. Barcelona: Paidós, 1992.
- Billig, M. (1986). *Argumentando y pensando*. (Curso inaugural pronunciado en Loughborough University of Technology, trad. Luis A. García, 2002. seminario de memoria colectiva, UNAM).
- Billig, M. (1987). *Thinking and Arguing. A Rhetorical Approach to Social Psychology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bruner, J. (1991). *Actos de Significado. Más Allá de la Revolución Cognitiva*. Madrid: Alianza, 2000.
- Bruner, J. (1997). *La Educación, Puerta de la Cultura*. Madrid: Visor, 1999.
- Cassin, B. (2008). *El Efecto Sofístico*. México: FCE.
- Cassirer, E. (1944). *Antropología Filosófica. Introducción a una Filosofía de la Cultura*. Buenos Aires: FCE, 1992.
- Cicerón (1997). *De la Invención Retórica*. México: Universidad nacional Autónoma de México.
- Garfinkel, H. (1967). *Estudios en Etnometodología*. Barcelona: Anthropos, 2006.
- Givone, S. (1995). *Historia de la Nada*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

- Grijelmo, A. (2000). *La Seducción de las Palabras*. México: Taurus, 2002.
- Gurvitch, G. (1966). *Los Marcos Sociales del Conocimiento*. Caracas: Monte Ávila, 1969.
- Halbwachs, M. (1925). *Les Cadres Sociaux de la Mèmoire*. París: Félix Alcan.
- Halbwachs, M. (1950). *La Mèmoire Collective*. París, PUF, 1968.
- Heidegger, M. (1952). *¿Qué Significa Pensar?* Buenos Aires: Caronte, 2006.
- Kundera, M. (1989). *La Inmortalidad*. Barcelona: RBA.
- Mead, G. (1934). *Espíritu, Persona y Sociedad*. Barcelona: Paidós, 1999.
- Merleau-Ponty, M. (1945). *Fenomenología de la Percepción*. Barcelona: Planeta, 1993.
- Peirce, Ch. (1868). "Algunas consecuencias de las cuatro incapacidades". En Peirce, Ch. *Obra Lógico Semiótica*. Madrid: Taurus, 1987, pp. 58-87.
- Perelman, C. y Olbrechts-Tyteca, L. (1989). *Tratado de la Argumentación*. Madrid: Gredos.
- Reyes, A. (1942). *La Crítica de la Edad Ateniense. Obras Completas XIII*. México: FCE, 1997.
- Schmidt, U. (1994). "Introducción". En Platón, *Protágoras*. México: UNAM, 1994, pp. VII-XXXVII.
- Shotter, J. (1993). *Realidades Conversacionales. La Construcción de la Vida a Través del Lenguaje*. Buenos Aires: Amorrortu, 2001.
- Tarde, G. (1901). *La Opinión y la Multitud*. Madrid: Taurus, 1986.
- Turbayne, C. (1962). *El Mito de la Metáfora*. México: FCE, 1974.
- Voloshinov, V. (1929). *El Marxismo y la Filosofía del Lenguaje*. Madrid: Alianza, 1992.
- Vygotsky, L. (1932). *El Desarrollo de los Procesos Psicológicos Superiores*. México: Grijalbo, 1979.
- Vygotsky, L. (1934). *Pensamiento y Lenguaje*. Barcelona: Paidós, 1995.
- Warren, H. (comp.) (1934). *Diccionario de Psicología*. México: Fondo de Cultura Económica, 1999.

Wertsch, J. (1997). "Memoria colectiva: cuestiones relacionadas con una perspectiva sociohistórica". En Cole, Michael *et al.* *Mente, Cultura y Actividad*. México: Oxford, pp. 183-188.

Wittgenstein, L. (1953). *Investigaciones Filosóficas*. Barcelona: Crítica/UNAM, 2001.

Zesati, C. (2001). "Introducción". En Demóstenes, *Sobre la Corona*. México: UNAM, pp. V-LIX.

Citación de este artículo:

Mendoza, J. (2009). Una aproximación retórica al pensamiento. *Revista Umbral*, 1, 81-98. Disponible en dirección:

<http://ojs.uprrp.edu/index.php/umbral/article/download/22/10>